

Ismaíl Kadaré

La muñeca

Alianza Editorial

Ismaíl Kadaré

La muñeca

Traducido del albanés por María Rocés González

Alianza Editorial

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
Créditos

EN ABRIL DE 1994, NOS llamó mi hermano desde Tirana para decirnos que madre estaba agonizando.

Partimos Helena y yo en el primer avión que salía de París con la esperanza de encontrarla aún con vida. Y ciertamente aún vivía, pero ya no era consciente de nada. Se encontraba en la vivienda de mi tía de la calle Qemal Stafa, adonde la habían llevado unas semanas antes para poder atenderla mejor, y estaba en coma.

Mi primo carnal, Besnik Dobi, que la había llevado en brazos a casa de su hermana, tras explicarme por qué había decidido trasladarla de ese modo, dada la corta distancia existente entre la calle de Dibra y el comienzo de la calle Qemal Stafa, añadió: Además, era extremadamente ligera.

Al tratar de explicarse mejor, repitió poco más o menos lo mismo: ¡Es increíble lo ligera que era! Se diría que fuera de papel.

Como una muñeca de papel.

No estoy seguro de si estas últimas palabras eran suyas o fui yo mismo quien las pensó, pero tuve la sensación de que no me extrañaban en absoluto. Se diría que cuanto estaba oyendo lo sabía de antemano.

Reviví una escena familiar, repetida a menudo en nuestra casa: nuestras hijas jugando a las muñecas con madre. Paciente, permanecía en medio de las dos mientras ellas le prendían en el pelo toda suerte de lazos y de horquillas sin cesar de repetir: «¡Madre, no te muevas!».

Recuerdo que a Helena le avergonzaba aquella escena, pero las niñas no le hacían caso. Madre no se queja, repetían. A ella le gusta, y ¡a ti qué!

Ligera. Los peldaños de madera de nuestra casa, habitualmente quejumbrosos, jamás crujían bajo sus pisadas. Porque, como sus pasos, todo en ella era ligero: sus ropas, su forma de hablar, sus suspiros.

En el barrio, y después en la escuela, habíamos aprendido todos esos versos dedicados a la madre. Algunos, e incluso una canción, mencionaban a quienes no la tenían, y en ellos el motivo *sin madre* se repetía de un modo tal que se te partía el corazón. No conocía a ningún compañero de clase que no tuviera madre, o quizá los hubiera, pero no lo confesaban. Según un compañero nuestro, no tener madre era una vergüenza, algo que otro, de la clase B, contradecía, puesto que, según él, lo vergonzoso era no tener padre. Dos de nuestras compañeras, Ylberja y Ela Laboviti, se reían de ambos, dado que, según ellas, no solo confundían la palabra «vergüenza» con «compasión» sino que no entendían nada de lo que hablaban.

De todos modos, la cuestión de la madre no era tan sencilla, es decir, que bastara

con tenerla y que lo demás careciera de importancia. Podías estar entonando el día entero madre querida, madre mía, la mejor del mundo, qué dulce fragancia desprendes y tralarí, tralará y, sin embargo, no sentirte satisfecho. Algunos, aunque no lo admitieran, se sentían descontentos, pues, en comparación con otras, sus madres, por no decir viejas, no les parecían lo suficientemente jóvenes. Pero tampoco esto parecía ningún cataclismo en comparación con lo que sucedía en la escuela del barrio vecino, donde había no una, sino dos madres separadas de sus maridos. Sin mencionar el caso de Pano X., que llegó llorando porque camino de la escuela alguien le había llamado «hijo de puta», y que ni siquiera se calmó cuando Ylberja y Ela Laboviti le explicaron que eso no significaba nada y que quienes utilizaban la palabra que empezaba por «p» para insultar a las madres de los demás podían tener ellos mismos la mosca detrás de la oreja.

Bien pronto llegué a percibir que yo mismo tenía un problema con madre, aunque bien distinto de los que acabo de mencionar. Tenía que ver principalmente con su ligereza, con aquello que más tarde me parecería su faceta de papel o de yeso. Al principio de manera confusa, después cada vez con mayor nitidez, comprendí que los atributos que casi nunca faltaban en los versos y canciones dedicados a las madres: la leche, el pecho, la fragancia, el calor maternos, no me resultaba fácil encontrarlos en la mía.

No era cuestión de frialdad. Su ternura se percibía de lejos. Sus cuidados, lo mismo. La carencia estaba en otra parte y, como comprendería más adelante, tenía que ver con su dificultad para imponer su presencia, con el traspaso de un umbral que, al parecer, a ella le resultaba infranqueable.

En definitiva, desde muy pronto he sentido que mi madre, bastante más que las evocadas en los versos, parecía una especie de dibujo o bosquejo del cual no se podía desprender. Incluso la blancura de su cara, sobre todo cuando se untaba sales de azogue, como le había enseñado doña Pino, la célebre engalanadora de las novias de Gjirokastër, cuya casa estaba casi pegada a la nuestra; incluso su blancura tenía la inescrutable rigidez de una máscara. Más tarde, cuando en un viaje a Japón pude asistir por vez primera a una representación del teatro kabuki, la blancura de los rostros de las actrices me resultó familiar. Guardaban el mismo secreto que el de mi madre, un misterio de muñeca, pero libre de espanto.

Del mismo estilo, de película de dibujos animados, eran sus lágrimas. La mayoría de ocasiones no entendía qué las motivaba. Del mismo modo que no comprendía cómo era posible que durante años no la hubiera sentido jamás entrar y salir del cuarto de aseo, como si nunca lo pisara.

Las madres son los seres más difíciles de comprender, me dijo durante una cena en París Andrei Voznesenski. El poeta, Helena y yo éramos invitados de Alain Bosquet y aproveché para preguntarle, entre otras cosas, por unos versos suyos, compuestos como un semianagrama, que habían causado sensación. En uno de los versos la palabra «madre», en ruso *mat* (acompañada del signo blando), se repetía tres veces: *Matmatmat*, mientras que la cuarta vez solo aparecía *ma* al final del verso, sílaba que unida a la «t» anterior de *mat* daba lugar a *tma*, que quiere decir *oscuridad*.

En aquella cena Voznesenski estaba tremendamente abatido, lo que supongo

influiría en la explicación que acabó dándome. Fue aquel mi primer y último encuentro con él, de modo que no pude aclarar en ninguna otra ocasión lo que quiso decir. Su explicación tenía que ver, poco más o menos, con la relación existente entre los sintagmas «madre» y «oscuridad», según los cuales el hombre sale del vientre de la madre como si surgiera de la oscuridad, y de ahí el círculo sin fin *matma, madreoscura*, en el que tanto la madre como la oscuridad resultan impenetrables.

Si bien me resultaba difícil hallar la causa de las lágrimas de mi madre, me pasaba lo contrario con su hartazgo. Ella misma explicaba el porqué, incluso con una expresión que, tras haber oído lleno de miedo la primera vez, cada vez que la recordaba me ponía la carne de gallina: «¡La casa me asfixia!».

Pronto supe que era la expresión habitual para manifestar la desazón que te producía la casa. Ahora bien, ello no impedía que, según la manía que había adquirido por entonces de indagar en el sentido de las palabras, tratara de imaginarme lo terrible que sería que la casa en la que vivíamos estallara un buen día y nos asfixiara.

MADRE, QUE SE MOSTRABA impenetrable en tantas cosas, no ocultaba sin embargo que nuestra casa no le gustaba en absoluto.

A primera vista parecía explicable: una recién casada de apenas diecisiete años entraba desposada en una casa enorme. Lo quisiera o no, su primera impresión, incluso indirecta, habría de ser que una casona de aquellas dimensiones requería mucho trabajo. Máxime para una joven que, como supe mucho después por lo que contaban sus hermanas, era reprendida con frecuencia por su escasa afición a las tareas domésticas. Y aún más todavía si consideramos que ella iba a ser la única nuera, sin esperanza alguna de que pudiera venir en su ayuda una segunda, puesto que mi padre era hijo único y huérfano de padre.

La casa, además de enorme, era vieja y sobria. Y por si no fuera suficiente, su suegra, mi futura abuela, aparte de su reputación de tiquismiquis, tenía asimismo la de inteligente. Habría de pasar mucho tiempo para que comprendiera la verdadera razón por la que esa reputación de sobrada inteligencia molestaba a mi madre.

Es posible que la frialdad entre la recién casada y su suegra se debiera al desprecio o, más exactamente, a la nula fascinación que sintió la desposada por la casa. Aunque lo cierto es que la causa debió de ser más profunda y en cierto modo inevitable.

Es sabido que cuando las familias gjirokastritas acuerdan una alianza matrimonial, se hallan de repente ante una nueva situación. Aparte de la natural alianza entre dos clanes, surge, de modo imperceptible, una especie de atolondramiento, sobre todo en el periodo prematrimonial. Todo el famoso engreimiento de las viejas mansiones, su orgullo, arrogancia y vanidad, tenían ahora la oportunidad de patentizarse y sopesarse por los dos linajes a los que uniría la corona marital. En las largas noches de invierno, las futuras nueras y los futuros yernos habrían de escuchar toda suerte de dimes y diretes sobre la otra parte, del tipo: «Que no se vayan a creer mejores que nosotros», y otros del mismo estilo. Se desataba una especie de guerra fría en la que se enredaban espontáneamente ambas partes, pero sobre todo las futuras nueras y las futuras suegras, con la consiguiente inquina recíproca.

Dicho esto, se podría afirmar que, mostrara o no mi futura madre su desprecio por la mansión de los Kadaré, o pusiera o no de manifiesto sus remilgos mi abuela respecto a ella, la frialdad entre ambas resultaba inevitable.

Con el paso de los años y con enorme dificultad acabé por enterarme o, más exactamente, creí enterarme de la ininteligible crónica de la ojeriza que pretendían tenerse los Kadaré y los Dobi.

Lo que parecía fácil de entender se enmarañaba súbitamente, hasta que en cierto

momento llegaba a resultar completamente indescifrable. Y después al revés: la niebla se desvanecía de repente, a tal punto que todos exclamaban: ¡Ah, conque era eso, cómo pudimos estar tan ciegos para no verlo!

El embrollo residía en la imposibilidad de establecer cualquier clase de comparación entre ambos clanes; comenzando por las mansiones, tan diferentes entre sí que ni siquiera cabía suponer que pertenecieran a la misma ciudad.

De toda la sobriedad y vetustez de nuestra casa carecía la del *babazot*¹, como llamaban a mi abuelo materno. También la suya era muy grande, pero no tenía bodegas abismales, ni aljibe, ni extravagantes escaleras de madera, por no mencionar las habitaciones desocupadas, el calabozo, los pasadizos secretos, los distribuidores o antesalas (recibidores) sin sentido. La casona de los Dobi tal vez fuera diferente porque estaba aislada, sin barrio ni calles que, en cierta forma, obligaban a las casas a parecerse. Estaba en una zona solitaria, cerca de la fortaleza y de un impetuoso torrente. A falta de secretos, contaba con un vasto terreno alrededor que podría considerarse un patio con una edificación accesoria en medio, llamada la sala de afuera, y en la que vivía una familia de gitanos, antiguos criados de la casona.

En lugar de contribuir a nivelar el desequilibrio existente entre las dos mansiones, sus moradores no hacían más que acentuarlo. Los Kadaré y los Dobi, como sabría más tarde, diferían entre sí mucho más que sus residencias. La principal diferencia, que saltaba inmediatamente a la vista, era que mientras la mayoría de miembros del clan de los Dobi aún vivían, la mayoría de los del clan de los Kadaré estaban muertos. Cuando de vez en cuando encontraba en algún rincón una vieja fotografía y corría a preguntarle a mi abuela de quién era y dónde estaba, su respuesta me partía el alma. ¿Y este de aquí?, le preguntaba a los pocos días cuando encontraba otra fotografía, y su respuesta siempre era la misma: No está ya en este mundo.

Las demás diferencias, como los árboles, los pájaros, los violines de los gitanos, los aparceros griegos de las que fueran propiedades del *babazot*, las tías y los tíos maternos, tampoco carecían de importancia, pero lo malo era que no había forma humana de comparar lo suyo con lo nuestro. ¿Acaso podían ser comparables, por ejemplo, los acordes de los violines con las dos estancias en las que no se permitía entrar o con la prisión: *hapsanë*, como se llamaba el calabozo? Tíos y tías por parte de padre, pongamos por caso, tenía por cierto que no podía tenerlos, pero según mi abuela, en el caso de haberlos tenido, no podría llamarlos de la misma forma que llamaba a mis tías y tíos maternos², porque serían hermanos de mi padre³ y vástagos de ella.

(Más tarde, cuando los dos tíos maternos se marcharon a estudiar al extranjero, el uno a Budapest y el otro a Moscú, la falta de semejanza entre nosotros, más que en cuanto a su propia existencia, se materializaba en las cartas que llegaban desde tan lejos. A nuestra casa no llegaban nunca cartas de nadie, lo que me parecía normal porque, como se sabe, los muertos no las envían.)

La muñeca (estaba cada vez más convencido de que ese calificativo pretendía, si no sustituir a «mamá», sí convertirse al menos en sobrenombre suyo), *La muñeca*, decía, si bien tenía difícil expresarse abiertamente, era en cierto modo consciente de lo que le

esperaba en la mansión de los Kadaré con todos aquellos altos ventanales, roperos, zaguanes, bodegas secretas, artesonados de madera labrada y, finalmente, el famoso calabozo y todos aquellos nombres resonantes: Seit Kadaré, Avdo Kadaré, Shahin Kadaré, y el más conocido de todos, Ismaíl Kadaré, bisabuelo mío, que, como me gustaba recordar a menudo, se había hecho célebre porque se le mencionaba en una canción, pero no, como cabría suponer, por haber matado turcos, sino por ser un figurín, o, más exactamente, por vestir a la moda.

La muñeca disponía de su particular ejército de árboles, pájaros, violines, hermanas y antiguos criados contra aquel intimidatorio pedernal. A primera vista parecía ingenua y frágil, pero guardaba su propio secreto. *La muñeca*, que ignoraba tantas cosas, estaba al corriente, según parece, del secreto que se ocultaba bajo el engañoso y vulgar nombre de «situación económica». Los Dobi eran gente de posibles, es decir, ricos, y los Kadaré no.

En ninguna de las dos mansiones se mencionaba este hecho, como si hubieran pactado que cada clan mantuviera su propia máscara. Bajo la máscara de aparente frugalidad, encubrían los Dobi su riqueza. Y lo mismo hacían los Kadaré: bajo su máscara de falsa grandeza encubrían lo contrario: la pobreza.

Aquella alianza matrimonial fue desde el principio equivocada, si bien lo que la motivó no lo llegaría a saber jamás.

¹ Literalmente «señor padre», abuelo materno. En ciertas zonas de Albania designaba con anterioridad al jefe de la familia patriarcal y, por extensión, era un apelativo cariñoso y de respeto para dirigirse al abuelo de mayor autoridad. [N. de la T.]

² *Teze-ja*: tía materna; *ungj-i*: tío materno. [N. de la T.]

³ *Hallë-a*: tía paterna; *xhaxha-i*: tío paterno. [N. de la T.]

POR MÁS QUE HE TRATADO de imaginarme la llegada de la recién casada a casa del marido en 1933, no lo he logrado en absoluto. Se interponía siempre una dificultad, un velo de niebla, en el relato de *La muñeca* o en mi propia fantasía. La dificultad surgía ya en el trayecto mismo. No me resultaba difícil seguir con la imaginación el cortejo nupcial desde la casa del *babazot* por el camino real al pie de la fortaleza hasta el «Cogote del Bazar», en el centro de la ciudad, ni descender luego la pendiente de la calle de Varosh. Era precisamente a partir de la casa del doctor Vasil Laboviti, la misma en la que en 1943 tuvo lugar la incomprensible cena con los alemanes, donde comenzaba, con la calle que conducía a nuestra casa, el surrealismo. La casa del doctor, cuya hija iba a mi clase, era la primera. Después venía la casa de Pavli Ura⁴, otro compañero de clase cuyo apellido procedía de un puente, verdadero o falso, vete a saber, que debía de quedar debajo. En realidad lo que discurría por allí era un arroyo de considerables dimensiones que jamás había tenido puente, de modo que ni el mismísimo Pavli Ura lograba explicarse el porqué de su apellido. Ahora bien, algo más allá, ante la casa de los Fico, el mismo arroyo cambiaba de nombre y de «puente» pasaba a llamarse «Torrente de Fico».

La mansión de los Fico no solo era enorme sino tal vez la más hermosa de la ciudad, lo que, como decían algunos, sería razón suficiente para haber alumbrado al ministro de Asuntos Exteriores albanés más famoso de todos los tiempos. Cabe suponer lo fácil que le resultaría a la mansión, con semejante prestigio, darle su nombre al arroyo. Una parte del camino discurría junto a ella justo hasta la casa de doña Pino, con la que soñaban todas las futuras novias de la ciudad, pequeña, lírica y llena de tios de flores, casi pegada a la nuestra. Mientras que frente a los portones de ambas casas, retorcido, refulando, sin parecido con ningún otro, comenzaba el Callejón de los Locos.

A *La muñeca*, que no carecía de curiosidad, debió de llamarle la atención todo aquello, que, sin embargo, empalidecía ante otros desconocimientos. De las tres grandes incógnitas que la aguardaban: el marido, la casa y la suegra, es posible que fuera esta última la que más miedo le producía. Al marido lo había visto una sola vez desde la ventana poco antes de la boda. La fotografía de su futura casa se la había llevado un día un primo lejano, junto con los rumores que corrían sobre ella. De entre ellos, el más nebuloso era el del asunto del calabozo. Al parecer, la mansión de los Kadaré estaba entre las raras cuatro o cinco casonas de la ciudad que tenían cárcel; y esto, que para algunos no significaba más que una locura, lo relacionaban otros con cierta idea ya pasada de moda en cuestión de leyes, en otras palabras: si el Estado tenía

sus propias leyes, también la casa tenía las suyas propias, o dicho de otro modo: ¡cada cual a lo suyo!

El verdadero enigma para *La muñeca* era la suegra. Aparte de los rasgos definidos por los implacables calificativos de inteligente y tiquismiquis, había una tercera característica, la relativa a si volvería o no a salir de casa, una suposición que no estaba nada clara. Se consideraba que si la señora madre de los Kadaré no había proclamado aún su decisión de no volver a cruzar nunca más el umbral, estaba ultimando los preparativos.

La negativa a salir de casa de las ancianas era una de las costumbres más inexplicables de la ciudad. No solo se ignoraba la causa, sino también su origen y el hecho que la motivó. Llegaba el día en el que la señora X proclamaba que no volvería a cruzar el umbral de la puerta sin que nadie le preguntara: ¿Por qué? o ¿cómo es eso?

Lo único que se sabía es que la negativa a salir constituía en sí misma una especie de estatus, más alto rango, como si dijéramos, o parte de la promoción mundana.

No creo que *La muñeca* se devanara demasiado los sesos tratando de comprender a fondo la negativa de su suegra a salir de casa (tal vez sencillamente haya pensado que sería mejor que saliera y que no se enclaustrara), sobre todo porque ya en su nueva residencia, a la mañana siguiente, mientras se preparaba para subir a la sala grande de recibimiento, presentiría con toda seguridad que, tras el barullo de la boda y la primera noche con su marido, presentarse ante el implacable jurado de la parentela sería el más difícil de los trances por los que habría de pasar.

Glaciales, en hilera, con negros ropajes, con tazas de café que algunas habían depositado en los alféizares de las ventanas, con escrutadoras miradas que no perdonaban nada, vigilaban el menor de sus movimientos.

A *La muñeca* la habían enseñado, ciertamente, a comportarse como es debido, pero cabía la posibilidad de que, en un caso así, la turbación le impidiera recordar los consejos. Los anteojos en las manos de las señoras habían supuesto toda una sorpresa para ella. Como si no bastara con sus gélidas miradas, se alargaban las unas a las otras aquellos péfidos anteojos, con los que, a veces una, a veces otra, oteaban el horizonte.

A *La muñeca* hasta le había parecido que en cierto momento volvieron bruscamente los gemelos hacia ella, acompañando el gesto con las palabras: Ah, así que es esta la recién casada, observémosla un poco mejor...

Es posible que la rareza de los anteojos fuera de las primeras cosas que *La muñeca* haya referido cuando se alojó por vez primera tras la boda en casa de sus padres.

Esta acogida, que tenía normalmente lugar una semana después de la boda y que, no se sabe por qué, se llamaba «la cenita», era sin duda de mayor trascendencia que cualquier otra cena o fiesta posteriores.

Del rostro de una muchacha que acababa de convertirse en recién casada unos ojos avezados podían deducir muchas cosas: alegría, desengaño, desconcierto y rara vez felicidad de desposada. Era esta una insustituible irrupción en el campo rival, una especie de espionaje y contraespionaje simultáneos. Aunque las cosas no llegaran a adquirir dimensiones trágicas, como en el caso de la devolución de la desposada a la casa paterna, ello no quería decir que la información de primera mano procedente de «allá» no se tuviera en cuenta para tal o cual asunto de peso. La actitud posterior hacia

la casa rival, la estrategia a seguir sobre asuntos dejados adrede en suspenso, títulos de propiedad o herencias, por ejemplo, podían depender de esta acogida con el equívoco nombre de «la cenita». Una especie de diplomacia secreta, de la cual gozaban de renombre las viejas mansiones gjirokastritas, podía reavivarse tras esta primera recepción. Intermediarios curtidos en tan delicadas cuestiones, palabras dejadas caer aquí y allá como por casualidad, podían condicionar para bien o para mal acuerdos previamente establecidos, como la necesidad de un préstamo a largo plazo para reparar la casona de los Kadaré, por ejemplo.

No es fácil determinar si aquella fase de la vida de *La muñeca*, que se podría denominar periodo Mata Hari, complicó las relaciones entre ambas familias.

De lo poco que ella contaba cabía deducir que, salvo con su hermana menor, con el resto de la gente de su casa no se llevaba demasiado bien, vete a saber por qué. Sus dos hermanos tenían la cabeza en otra parte, puesto que estaban a punto de entrar en el liceo. Más adelante se hicieron lectores del periódico de la ciudad *La Democracia* y se pusieron a hablar de cosas completamente ininteligibles, de los neoalbanismos o de las ideas de Freud o de Branko Merxhani, también de una nueva clase de presos que acababan de ponerse de moda y que se llamaban «presos políticos».

La forma de enjuiciar de sus hermanos cada vez se diferenciaba más de la del resto. Cuando *La muñeca* les contaba lo de los anteojos de las señoras, ellos reían excitados. Según ellos, esas señoras lo hacían para darse importancia, puesto que las viejas familias de Gjirokastër tenían delirios de grandeza.

El mismo juicio les merecía la decisión de la anciana suegra de no volver a salir de casa. Siempre según ellos, todas aquellas costumbres de locos tenían que ver con el incremento del grado de autoridad. El hermano mayor, que estaba en un curso superior, añadía algo más, seguramente leído en alguna parte, que yo no comprendía, y que tenía que ver con la «exteriorización de la muerte» o, como si dijéramos, con exhibirla, o algo parecido.

HE INTENTADO IMAGINARME muchas veces la primera «cenita» de *La muñeca*. En casa de su padre no ocultaban el desasosiego vivido; por eso las primeras preguntas fueron sobre si se había comportado correctamente o si había metido la pata en algo. Las hermanas le preguntaban sobre otro tipo de cosas, más inocentes: que si había intentado mirar por los anteojos, o que si «ella», la suegra, era verdaderamente tan inteligente como decían. En cuanto a otro tipo de preguntas, se las hacían susurrando y a escondidas de sus padres.

Los dos días de alojamiento en la casa paterna debieron de pasar muy rápido y *La muñeca*, acompañada tanto a la ida como a la vuelta por Vito, la gitana del barrio, tomó el camino de regreso.

Era natural que, desprovista del velo de novia, la casa le resultara distinta: más grande y más sin sentido.

Fuera cual fuera la cara de la suegra, pensativa o sonriente, hubo de parecerle cargada de reproche, como quien está suponiendo todo lo que había hecho en casa de los suyos, lo que le habían preguntado y lo que habían tratado de descubrir.

A lo largo de aquella semana, que debió de ser distinta a la anterior, *La muñeca*, aparte de soledad, sentiría quizá con mayor fuerza aún la pérdida de seguridad.

En una ocasión, aprovechando que mi abuela paterna no estaba en su cuarto, había cogido los gemelos que reposaban en el alféizar de la ventana y se los había llevado a los ojos. Como contaría más tarde, había creído ver Grecia... Y al mismo tiempo entender, quién sabe, algo de aquellas lejanas cosas de las que hablaban la suegra y sus amigas: los *ingleses*, la guerra, Hitler...

⁴ *Urë-a*: puente. [N. de la T.]

NUESTRA CASA PARECÍA construida expreso para cobijar el mayor tiempo posible la frialdad y los malentendidos. Cuando tuve, si bien confusamente, esa sensación por primera vez, debía de tener cinco o seis años. E inmediatamente, como me pasaba con frecuencia con las cosas que no me gustaban o me daban miedo, me puse a pensar en cómo librarme de ello. Tenía casi la certeza de que todo sería diferente si nuestra casa fuese más pequeña, de una sola planta, o sin cuartos secretos donde estaba prohibido entrar, por no mencionar a renglón seguido las bodegas, el aljibe y el calabozo.

Puesto que había sido testigo durante años de la frialdad existente entre mi abuela y *La muñeca*, no me resultaba difícil imaginarme lo que podía haber ocurrido en sus primeros años de casada.

Si bien durante cierto tiempo los signos de desavenencia entre ellas no se evidenciaron, tampoco ese retraso auguraba quién sabe qué esperanza de lo contrario. Era como la famosa frase que se dice cuando está a punto de entrar el invierno: ¡Qué bien que todavía haga buen tiempo!, dicho lo cual nadie espera que el invierno no se presente.

La frialdad y los malentendidos no hacían más que aumentar. Tras los primeros descalabros del ejército de *La muñeca*, como me gustaba figurarme lo que consideraba sus bazas: las flores, la música, los gitanos y todo lo demás, le llegó el turno a su ejército secreto, su última esperanza: la ventaja que le daban los caudales. Pero también esta se desmoronaba.

Y fue precisamente en aquel estado de pánico cuando, en lugar de la rendición de *La muñeca*, ocurrió algo que se podría calificar como poco de «imprevisible».

Causó a la vez sorpresa, pavor, admiración y escándalo.

Se trataba de un juicio.

De un juicio en el mismísimo seno de la mansión de los Kadaré.

Un proceso sobre una cuestión irresoluble.

Todo se mantenía en secreto, qué duda cabe, aunque algunos allegados lo supieran. Sin embargo, nadie se lo creía. Lo tomaban por un ardid de los que se tramaban cada cierto tiempo en Gjirokastër: puesto que los Kadaré disponían de un calabozo en el interior de su casa, igual se les había ocurrido esta artimaña. Si la cárcel ya la tenemos y está lista, ¿por qué no montar el correspondiente proceso?

Había quienes lo interpretaban desde un punto de vista más o menos psicofilosófico: como una especie de deformación profesional, fruto del medio jurídico en el cual llevaba toda su vida mi padre. En otras palabras, la materialización del sueño fallido de un vulgar funcionario, el cual, si bien pertenecía a una vieja

familia de juristas, no había pasado de simple ujier.

El tiempo demostraría que lo que iba a ocurrir no era ni un juego para echarse a reír ni un ataque de esquizofrenia. Poco a poco, a medida que fui creciendo, más me percataba de que en nuestra casa continuaba un proceso judicial que había comenzado antes de mi nacimiento. Lo chocante es que, con el paso del tiempo, aquel «proceso», en lugar de parecerme grotesco, adquiriera a mis ojos un significado cada vez más profundo.

Los interrogantes: en qué consistía aquel juicio, cuál era su causa, quién era el juez y a quién se condenaría, me trajeron de cabeza durante mucho tiempo. Pero acabé comprendiendo que aquel proceso judicial, que se reabría de vez en vez y en el que el juez era mi padre y las acusadas dos mujeres: mi severa abuela paterna frente a *La muñeca*, su adversaria, dirimía una única cuestión: la frialdad y los malentendidos reinantes en el hogar de los Kadaré. En otras palabras, las desavenencias suegra-nuera.

Al principio, como a todos los demás, también a mí me resultaba más sencillo pensar que a mi padre se le había ido la cabeza. Más adelante, mucho más que la chaladura de mi padre me llamaba la atención otra cosa: su indecisión. Tenía que ver con el primero de los interrogantes: ¿en qué consistía aquel juicio? Puesto que algo se juzgaba, ello quería decir que el juez buscaba al culpable. Es decir, que no estaba convencido, que dudaba.

A primera vista parecía fácil, pero no era así. Mi padre dudaba de algo de lo que cualquier otro no dudaría en absoluto. Dicho de otra forma, al regresar del trabajo y observar los rostros crispados de su madre y su esposa, lo natural habría sido que regañara en primer lugar a su mujer. Máxime cuando la madre era nada menos que la anciana señora de los Kadaré, la misma que hacía tiempo que no se dignaba a salir de casa (una mansión de los años 1700 o puede que de 1600), que además tenía un solo hijo desde que su marido, el juez Shahin Kadaré, pasara a mejor vida, y máxime cuando su reputación de inteligente se había extendido por doquier ya desde la época en la que su suegro, Ismaíl Kadaré, fuera mencionado en *aquella* famosa canción...

Y ahora, a pesar de todo ello, su único hijo le hacía esta afrenta: ponerla en la balanza con su joven esposa para juzgar cuál de las dos tenía razón.

A mi hijo se le ha ido la cabeza. Si estas palabras no llegó a pronunciarlas en voz alta, se las susurró, tengo por seguro, a su hermana, Nesibe Karagjozi, que venía de visita dos veces por semana, y después a la tía Xhemo, y después a otras amigas, incluyendo las sombras de los muertos, a quienes quizá se lo contara todo con más detalle.

Cuanto mayor me hacía, más comprendía su pena. Ni un terremoto la habría afectado tanto como la indecisión de mi padre. En el instituto continuaba devanándome los sesos con la cuestión, mientras todo seguía como antes. Influida por mis lecturas, lo que había ocurrido aparecía no solo como algo sorprendente, sino, en primer término, como una señal anunciadora de un viraje.

Sin embargo, si bien era capaz de imaginarme el pánico de mi abuela, no era capaz de captar en modo alguno el estado de ánimo de *La muñeca*. Mucho más tarde, cuando me ponía a recordar esta extensa crónica, sobre todo cuando ninguna de las dos vivía ya, tuve el convencimiento de que era posible que su natural solitario la hubiera

ayudado en todo aquel enredo. Incluso a veces me parece que ya por entonces había descubierto lo que podría considerarse una suerte de pavor a *La muñeca*, una mezcla de frialdad, blancura de yeso, enigma como en las máscaras del teatro japonés, hasta llegar a la *Matmatma* de Voznesenski, donde la madre y la oscuridad se hacen una.

Lo que no me impedía buscar, de una manera más tangible y menos metafísica, la causa de lo que había ocurrido. Más tarde o más temprano mi mente me conduciría a aquello que, como se suele decir, explica lo inexplicable: el amor.

Me habría quedado boquiabierto de habérmelo dicho alguien. Si ignoraba todo lo relativo a la intimidad de mis padres, menos me podía imaginar ninguna clase de historia, por trivial que esta fuera, antes del compromiso, hasta el día en que ella misma me lo contó. Era la primera vez que *La muñeca* me hacía una confidencia.

Izmini Kokobobo, una prima nuestra, seguidora de la moda y a la que le gustaba sacar de sus casillas a *La muñeca*, se habría reído a carcajadas de haber oído calificar de «amorío» lo que mi madre me contó. Pero se habría equivocado.

Había ocurrido poco antes del compromiso. Las tres hermanas Dobi estaban ayudando en una boda, en la que, entre la parentela, se esperaba que apareciera el futuro prometido de *La muñeca*. Desde la ventana, las hermanas trataban de descubrirlo hasta que una de ellas dijo: ¡Ahí está, el del borsalino negro! A *La muñeca* se le había hecho un agujero en el estómago. Le habían dicho que su prometido era bien parecido y alto, mientras que el hombre del borsalino era bajo y rechoncho. *La muñeca* estaba a punto de echarse a llorar cuando la hermana pequeña había gritado: ¡Que no, tonta, que no es ese. Es el otro, el de la derecha!

A *La muñeca* le dio un vuelco el corazón, según contó. No pudo dormir en toda la noche de alegría.

Estaba en el instituto cuando me hizo esta confidencia. Durante la cena le dije: Mamá, cuenta la historia de cómo te enamoraste de papá cuando lo viste por la ventana.

A *La muñeca* le daba vergüenza. Por qué, ¿era amor eso?, dijo entre dientes.

¡Amor, precisamente!, dijimos al unísono mi hermana y yo. Amor a primera vista, continué yo. Se llama así, y lo hemos dado en clase. Dante y Beatriz.

Mi padre escuchaba con absoluta indiferencia, como si se hablara de otro hombre.

Fue la primera y última vez que se habló del asunto. Ni sabía ni me imaginaba en absoluto sus relaciones íntimas.

Poco antes de morir, me dijo un buen día que tenía algo que pedirme. Mientras hablaba, su voz desfalleció. Quería ser enterrada en la misma tumba que «él», es decir, su marido. Smail, no te rías, me dijo. Y me explicó que tenía miedo de estar sola bajo tierra.

Le di mi palabra de que se haría lo que ella deseaba.

Más tarde, cada vez que me ocupaba de ese tipo de cosas, lo que no resultaba fácil por cuanto las leyes y ordenanzas cambiaban cada año, maquinalmente me preguntaba si cabía calificar de historia de amor, aunque fuera de las más sencillas, la visión de un hombre desde la ventana y después, tres cuartos de siglo más tarde, el deseo de compartir la misma tumba.

Y me fui poco a poco convenciendo de que no había duda de que aquella era una

historia de amor de principio a fin, como la *matma* del poeta ruso, más exactamente, como aquellas dos *ma* con la *t* en medio que servía a ambas: la madre y la oscuridad.

Eso me decía a mí mismo. Sin embargo, cuando me retrotraía a los famosos juicios de nuestra casa, pensaba que, de ser así, es decir, que si aquel episodio con ventana y con muerte pudiera considerarse una historia de amor, ello podría explicar muchas cosas pero en modo alguno el misterioso comportamiento de papá. (Estas casadas de ahora, ah, estas de ahora, gastan unas zalamerías y unos mimos que hacen perder el juicio a los pobrecitos hombres... Tras estas palabras, sus amigas clavaban los ojos en la abuela, pero ella, fría y reservada como era, hacía como si no las hubiera entendido.) En cuanto a mí, el asunto de las zalamerías no solo no excitaba en absoluto mi curiosidad, sino que me daba miedo, porque, al parecer, formaba parte de la cara oculta de *La muñeca*.

En una palabra, el sorprendente comportamiento de mi padre no tenía explicación ni considerando el amor romántico ni los arrumacos femeninos, porque, como todo quisque admite, si hay algo pasajero en este mundo son precisamente ambos. Mientras que los juicios en nuestra casa, con su interminable crónica, eran lo más opuesto a lo pasajero.

Había años en los que el ritual se desarrollaba sin el menor de los cambios. Unas veces ganaba el juicio una parte y otras la otra. Del rastro de lágrimas secas en las mejillas de *La muñeca* se podía deducir que había perdido, del mismo modo que la viveza de sus pasos mostraba lo contrario. Cuando era así, era la abuela la que se retiraba resentida a la segunda planta y no se movía de allí durante días. Le llevaban el café y la comida, y recuerdo que la subían a ver su hermana Nesibe Karagjozi y sus amigas, quienes en tales días multiplicaban las visitas, y sin duda, también, las sombras de los muertos. No había manera de entender nada. Ni hasta cuándo duraría el viejo rencor ni cuándo comenzaría el resentimiento nuevo y, sobre todo, cuál de las dos tenía o no tenía razón.

Un día, de modo causal, me pareció que de repente se esclarecía lo que durante años me había torturado.

No recuerdo la razón por la que estaba enfadado con *La muñeca*, es posible que por los libros, eterno motivo de irritación cuando me los cambiaban de sitio. Yo protestaba con aspereza mientras ella me escuchaba con aire culpable. Le decía que cómo era posible que no hubiera aprendido a estas alturas que no debía cambiarme los libros de lugar, mientras ella me miraba aturdida, como siempre que yo protestaba por lo mismo. Ya había repetido dos o tres veces «pero cómo es posible» cuando ella me respondió: Qué se le va a hacer, así soy yo.

No sé qué fue lo que me impresionó de su especial tono de voz. Mientras sentía remitir mi enfado y continuaba colocando los libros, le pregunté sin mirarla: Pero ¿cómo eres tú?

Tardó en responder. Después, cuando le repetí la pregunta, me dijo con un hilo de voz: Pues así... yo misma sé que no soy muy inteligente.

¿Cómo?, le respondí. ¿Quién te ha dicho semejante cosa, Izmini Kokobobo?

Pronuncié estas palabras sin alzar la cabeza, como si temiera descubrir lágrimas en sus ojos.

No respondió, tal vez se lo impidiera un sollozo, y yo la dejé en paz.

De repente, como en ninguna otra ocasión, sentí la punzada de la ternura. Tenía quince años y nunca me habría imaginado que aquella punzada pudiera ser tan irresistible. Y de pronto estallaron en mi mente, con el resplandor del relámpago, ciertas cosas que había percibido casualmente, pero que mi consciencia, según parece, había rechazado. Tenían que ver con su injustificable ingenuidad y con su prolongada adolescencia, debido a la cual ignoraba tantas cosas o las conocía de manera equivocada. Y puede que esa fuera la razón por la cual destacaba tanto la inteligencia de la abuela, llegando a convertirse en un tormento para ella. Y tal vez... y esto es lo principal... fuera esta la razón del enigmático comportamiento de mi padre. Desde los primeros días de su matrimonio, era posible que hubiera sentido la misma ternura que había sentido yo. Y no había sido un consejo de sus maestros ni la lectura del periódico *La Democracia*, que llevaba a diario en el bolsillo de la chaqueta como sus admirados jueces y abogados, sino precisamente aquel punzante sentimiento, no comparable a ninguna otra cosa de este mundo, el que llegaría a tener el suficiente empuje para derribar las costumbres de la tricentenaria mansión de los Kadaré e instituir... ¡el juicio!

El juicio que descubriera la verdad entre su madre y su esposa. Que hiciera saber cuál de las dos tenía razón: la madre, la esposa, ambas o ninguna.

La protección de *La muñeca*, si en justicia procedía. Por él, su marido, en cualquier caso. En cualquier tiempo y lugar. Hasta en la tumba...

HABÍA NOTADO QUE TODOS los miembros de la familia mantenían su particular relación con la casa. El pacto más natural y más palpable era el de la abuela. Daba la impresión de que llevaba tiempo compenetrándose con las bóvedas, las vigas y las paredes maestras. Su decisión de no salir de casa tenía relación, por lo visto, con su resuelta inclinación a fundirse con ella.

Muy fuerte también, pero completamente diferente, era el pacto que mantenía mi padre. Se sustentaba en lo que se había convertido en su única pasión vital: las obras de reforma. Todo lo demás le parecía secundario. Tan conocida era su afición que, cuando en la clase de historia el profesor nos habló de los grandes trabajos emprendidos por el emperador Marco Aurelio, Ela Laboviti me susurró desde el pupitre vecino: ¡Parece tu padre!

Cada vez estaba yo más convencido de que todo aquello iba más allá de unas simples obras de reforma. Lo más probable es que tuviera que ver con su autoridad, de modo que, desde ese punto de vista, podría decirse que mi padre, al rehabilitar la casona, no hacía otra cosa que restablecer su propia autoridad.

Como cabe suponer, las relaciones de *La muñeca* con la casa no podían ser más que superficiales. Su desagrado por la amplitud de las estancias continuaba, y ahora su menosprecio, por no llamarlo hostilidad, hacia las obras de reforma. Su expresión sobre «la casa que te asfixia», que antaño había avivado mi curiosidad porque no acababa de decidir qué tormento sería más llevadero: el lento estrangulamiento, día tras día, o el brusco y repentino, adquiriría ahora un tercer significado, más verdadero y dramático que el de los dos anteriores: la pobreza.

La manía de mi padre de emprender de continuo obras de reforma habría sido la principal causa de las estrecheces económicas. Mis tíos maternos, burlándose abiertamente, me preguntaban de vez en cuando: ¿Qué dice el gran Reformador? ¿Acaso planea alzar un arco de triunfo en medio de la casa?

No sabía qué responderles. La abuela me había explicado que papá se angustiaba más de lo debido con las obras de reforma, pero que tampoco podía pasarse sin ellas.

En el caso de que se pueda afirmar que cada uno de nosotros mantenía su particular pacto con la casona, el mío era el más impreciso de todos. Era difícil de explicar porque faltaban las palabras. O era yo quien no las conocía o aún no se habían inventado.

Resultaba fácil, por ejemplo, hablar de la casa del doctor Laboviti el grande, adonde fue toda nuestra clase el día del cumpleaños de Ela. Todos decían ¡qué bonita es por dentro! O ¡qué acogedora!, incluso aunque estuvieran pensando en algo que no

iban a pronunciar pero que, como todo el mundo sabía, guardaba relación con la famosa cena con los alemanes. En nuestra casa, sin embargo, cuando la visitó igualmente toda la clase por mi cumpleaños, resultaba difícil pronunciar esas mismas palabras. Tampoco cabía adivinar por dónde discurrían los pensamientos secretos. Recuerdo que cuando Kiço Rexho me susurró que dónde estaba la prisión, como se llamaba al calabozo, se lo indiqué con un gesto de la cabeza, pero cuando quiso saber si me había encerrado alguna vez mi padre en él, junto con la respuesta «no» me sentí ofendido.

Si alguien me hubiera preguntado qué me parecía la casa, no habría sabido qué contestarle. Tenía que ver con una sensación que no me atrevía a contarle a nadie. Una parte de la casa me parecía... irreal. No me refiero a quimeras y fantasías sino a rincones totalmente tangibles. En la segunda planta, por ejemplo, detrás de la sala de la chimenea o Invernal, como se la llamaba, había dos cuartos sin terminar, dejados a medias desde la última reforma de 1936. Hacía tiempo que me había percatado de que, con cada reforma, la casa o bien alumbraba una o dos piezas o, por el contrario, las engullía como si tal cosa. Con un cierre provisional, sobre el que habían cruzado dos tablones para impedir el paso, aquellos cuartos siempre me atrajeron. Por entre los tablones se vislumbraban las vigas y las ventanas a medio hacer y, sobre todo por la tarde, una hermosa y tenue luminosidad.

No eran aún habitaciones, eran un «algo así», eran un «casi», un feto sin nombre, a diferencia del resto de denominaciones de las que estaba repleta nuestra casa: el Estival, el Rincón de invierno, el Cuartito, el Recibidor grande o el Recibidor pequeño.

Esperaba con impaciencia su alumbramiento tras un periodo de gestación tan largo, hasta que comprendí que mi padre no llegaría a culminar su único deseo en la vida: la subsiguiente obra de reforma.

La abuela falleció en 1953. Mi padre, en 1975. *La muñeca*, en 1994. La propia casona dejó de existir inesperadamente en 1999. En tiempo de guerra, cuando Gjirokastër era bombardeada por los ingleses durante la ocupación alemana, había oído hablar a menudo de la posibilidad de su destrucción desde el aire. Se decía que bastaban dos proyectiles de un bombardero pesado inglés para que la mansión tricentenaria, que parecía imposible que algo pudiera abatir, quedara reducida a escombros.

Por aquel entonces, creía ver continuamente en el cielo un bombardero inglés que, como un ciego, la buscaba sin descanso...

RECUERDO, VOLVIENDO A LA crónica de *La muñeca*, una breve frase en la pared de al lado de las «cuasihabitaciones», mi lugar preferido para grabar media estrofa de un poema o el nombre de una chica de 2º B, que estaba seguro de que jamás olvidaría.

La frase: «Si Izmini Kokobobo no existiera...» se había quedado a medias, pero yo conocía perfectamente el contenido de la parte que faltaba. Si Izmini K. no existiera, *La muñeca* se sentiría mejor.

Sonaba cínica. Tal vez fuera por ello por lo que la frase se había quedado a medias.